



Imágenes (dialécticas) de la historia: la filosofía política del ecosocialismo 1/

Jaime Vindel

► EN SINTONÍA CON LOS MENSAJES DEL inspector Gadget, Terry Eagleton dijo en una ocasión que el marxismo es una filosofía política que presupone su propia autodestrucción (Eagleton, Terry, 2011). La lucha de clases aspira al fin de la división de la sociedad en clases. La realización del comunismo coincidiría con el momento en que el cuerpo teórico que lo inspira dejara de ser necesario. El materialismo histórico perseguiría en última instancia desconectar a la historia del capital. Tras ese vuelco escatológico, el marxismo sería tan banal como un manual de yudo para manejarse en el arte de la natación sincronizada. Por eso Marx habría dicho tan poco sobre el día después de la victoria final. Su silencio sobre esta cuestión ha hecho correr ríos de tinta. Como subrayara en una ocasión Joseph Beuys a propósito de Marcel Duchamp, se trata de un silencio sobrevalorado. Esa cosmovisión prometía la apertura de un tiempo nuevo que resolviera el conjunto de las contradicciones sociales. Un paraíso secularizado en el que el milagro de los panes y los peces se vería reemplazado por la socialización de los bienes generados por el desarrollo de las fuerzas productivas.

El fetichismo criticado por Marx en uno de los pasajes de apertura del primer libro de *El capital* (1863) declaró la paradoja por la cual las mercancías están dotadas de una cualidad sensible y suprasensible. Al cosificar y abstraer las relaciones sociales, las mercancías adquieren ante nuestros ojos vida propia, danzando en el aire como objetos mágicos que hacen del surrealismo algo más que un movimiento artístico de vanguardia. Y, sin embargo, la versión productivista del marxismo transferiría a las fuerzas productivas el fetichismo que Marx había identificado en las mercancías. Una parte de la tradición marxista ha depositado sus esperanzas revolucionarias en el modo en que la implantación y genera-

1/ Este texto es resultado de mi contrato como investigador del programa Ramón y Cajal (2018) del Instituto de Historia del Centro Superior de Investigaciones Científicas, financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, así como de los proyectos de investigación *Modernidad(es) Descentralizada(s): Arte, política y contra-*

cultura en el eje trasatlántico durante la Guerra Fría II (ref. HAR2017- 82755-P) y *Visualidades críticas: Ecologías culturales e investigaciones del común* (ref. HAR 2017-82698-P). Este ensayo complementa los argumentos del artículo *El marxismo ecológico ante la crisis ecosocial*, **viento sur**, nº 165, agosto de 2019, pp. 52-60.



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

lización del poder del capital suponía como contrapartida la conjunción entre el acaparamiento de recursos naturales (materiales y energía), la autoorganización de las formas de trabajo cooperativo del *intelecto general* (capital variable) y la sedimentación de este en la materialidad tecnológica (capital fijo).

En esta comprensión de la historia, las fuerzas productivas –su desarrollo–, predominaban sobre las relaciones de producción. El capitalismo producía su propio enterrador. Primero el proletariado industrial, forzado a concentrarse en las fábricas, estaba destinado a alumbrar aquella conciencia colectiva que, mediante la acumulación inercial de fuerzas, acabara por percatarse del carácter superfluo de la gestión gerencial de la producción. Más cerca de nosotras, el cognitariado disperso y autónomo, poseedor en red de sus medios de producción –un ordenador portátil, un teléfono inteligente–, declararía la emancipación de las formas del trabajo cultural colaborativo respecto a los monopolios del capitalismo de la información. En ambos casos, se trataba de una imagen sublime de la revolución: la materialidad bruta de las fuerzas productivas presionando contra el dique de contención de las relaciones de producción; el cuerpo inmenso de la naturaleza, el trabajo y las máquinas rompiendo las costuras de la forma-valor. Sin embargo, la historia ha puesto unas cuantas piedras en el camino de esa idea de la revolución. Esta no se ha realizado. No, al menos, con el alcance deseado.

Ecomarxismo y termodinámica

Pues bien, me atrevería a decir que, de modo sintético, la teoría ecosocialista –que no se puede identificar con un corpus homogéneo– consistiría en dos rectificaciones decisivas en relación a esa imaginación histórica. En primer lugar, introduce el concepto de límite en el abordaje de las fuerzas productivas. El ecosocialismo es al determinismo tecnológico de la tradición marxista lo que la segunda ley de la termodinámica es a la primera. Si la formulación inicial de la termodinámica aseguraba que la energía del cosmos no se crea ni se destruye –solo se transforma–, la ley de la entropía afirmaba que esa energía tiende a dispersarse de modo irremediable con el transcurso del tiempo. Ya he comentado en otro ensayo que la primera ley de la termodinámica inspiró los imaginarios productivistas de finales del siglo XIX y principios del XX (Vindel, Jaime, 2019: 157-188; New Daggett, Cara, 2019). La modernidad industrial debía canalizar a través del cuerpo de los trabajadores y de la invención de las máquinas la energía del universo, de modo que ese logro permitie-



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

ra incrementar de modo imparable la pirámide de la riqueza social. Tal imaginario cultural alcanzó al marxismo, alguno de cuyos conceptos de crítica de la economía política abrevaron en las fuentes termodinámicas.

Como se ha encargado de subrayar la economía ecológica, la entropía actúa como un bajo continuo que afecta a la base material del desarrollo de las fuerzas productivas: la extracción de materiales y energía se ve sometida a tasas netas decrecientes (así, por ejemplo, la curva de Hubert establece que es necesario invertir cada vez más energía para obtener menos a cambio o para explorar nuevos yacimientos minerales); la fuerza de trabajo se degrada como consecuencia de la fatiga experimentada por el cuerpo y la mente de los trabajadores (desde la extenuación derivada de la duración y la intensificación de la jornada laboral en la producción industrial británica del siglo XIX –en las formas actuales de neoesclavismo– al 24/7 del precariado cultural tardocapitalista). La ruta del capital acerca la materialidad de los ecosistemas, los subsistemas sociales y la vida psíquica al abismo del colapso. Aunque en mi opinión el flanco subjetivo permanezca como una cuenta pendiente de estos análisis (un aspecto decisivo de cara a su traducción política), el ecosocialismo se ha hecho eco de esta verdad aportando una triple articulación de esos factores –naturaleza, trabajo y tecnología– que sitúa la ecología política en una perspectiva materialista, más allá de los marcos conservacionistas y espirituales del ambientalismo o la ecología profunda.

Al introducir los límites biofísicos del planeta en la crítica económica, el ecosocialismo presenta una declinación entrópica del productivismo marxista que trata de asumir las lecciones fundamentales de la economía ecológica sin prescindir de la crítica del valor como forma de dominación social y extracción de plusvalía ^{2/}. Para el ecosocialismo, la economía no se puede abstraer de la física termodinámica, pero tampoco reducirse a esta. Particularmente en su vertiente ecomarxista, el ecosocialismo se presenta como una doctrina sionaturalista que reconoce los trazos prefigurativos contenidos en la propia obra de Marx. Así, diversos auto-

^{2/} En opinión de algunos autores, este último aspecto sería el ángulo ciego del planteamiento de Nicholas Georgescu-Roegen, el precursor de la economía ecológica. Grégoire Wallenborn y Pierre Gillis llegan a cuestionar la cuarta ley de la termodinámica, introducida por el economista de origen rumano: aquella que asegura que en el cualquier sistema termodinámico cerrado (como lo es, a efectos prácticos,

la Tierra), la materia utilizable tiende a degradarse de forma irrevocable en materia no utilizable. Esta entropía de la materia implicaría un descenso en el stock de baja entropía de los recursos minerales, que estos autores ponen en cuestión. Ver: G. Wallenborn y P. Gillis, *L'économie et la thermodynamique: analyse critique des thèses de Georgescu-Roegen*, Cahiers marxistes, n° 235, mayo-junio de 2007, pp. 139-155.



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

res –desde un pionero del ecosocialismo como Manuel Sacristán hasta el núcleo actual de la revista *Monthly Review*, donde publican sus artículos John Bellamy Foster, Paul Burkett o Kohei Saito–, vienen insistiendo en los paralelismos establecidos por el filósofo de Tréveris entre las presiones derivadas de la explotación de la fuerza de trabajo (primero en términos de extensión de la jornada laboral –plusvalía absoluta– y después del incremento de la productividad a través de la intensificación de los segmentos de tiempo de trabajo –plusvalía relativa– y la esquilmación de los recursos agrarios que comprometían la fertilidad de los suelos –de la que derivaron conflictos históricos como la pugna por el guano en el contexto de la Guerra del Pacífico–.

En este campo, la revisión del impacto de las ciencias naturales en la obra del último Marx ha llevado a reconsiderar las investigaciones que gravitan en torno a *El capital* –y las que quedaron incompletas tras su publicación– como una suerte de proyecto inacabado de crítica ecológica de la economía política (Saito, Kohei, 2018). No deja de ser curioso que el giro ecológico del marxismo contemporáneo se remita antes a la obra de los fundadores del materialismo histórico que a la larga historia del marxismo del siglo XX. Intentaré enunciar brevemente los motivos que explican este hecho. El énfasis historicista y culturalista –la importancia concedida a los procesos históricos y las formaciones culturales para entender la realidad social– del marxismo occidental posterior a la irrupción de la obra de Gramsci tendió a negar la prioridad ontológica de la naturaleza por un motivo ante todo político. La filosofía oficial del estalinismo, el materialismo dialéctico –*Diamat*–, había diagramado una interpretación torticera de la *Dialéctica de la naturaleza* de Friedrich Engels, una obra por lo demás no exenta de desaciertos en su aproximación a las aportaciones de las ciencias naturales (Engels, Friedrich, 2017). En los escritos del marxismo occidental, el intento que Engels había propuesto de llevar la dialéctica a la naturaleza fue considerado como una torpeza teórica que pavimentó el camino al autoritarismo estalinista. Si era posible identificar en la naturaleza unas leyes similares a la que determinaban la férrea dialéctica histórica que había conducido a la creación del primer régimen comunista, entonces se podía encontrar una justificación naturalista a la opresión ideológica por el Estado burocrático del conjunto de la nueva sociedad. La libertad solo podía ser entendida como una desviación antojadiza de la naturaleza comunista del universo.

Esta crítica fue sugerida por Alfred Schmidt en un libro que haría fortuna en la apreciación del marxismo occidental sobre la tematización de la



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

naturaleza en la obra de Marx. Me refiero a *El concepto de naturaleza en Marx*, publicado originalmente en 1971 (Schmidt, Alfred, 2012). En su estudio, Schmidt insistía en distinguir la perspectiva de Marx de la de Engels. Pese a que Marx hubiera acentuado el modo en que la interacción entre las sociedades y la naturaleza implicaba que esta solo pudiera ser analizada como naturaleza historizada –recuérdese la alusión irónica a la idealización implicada por la imagen de una naturaleza intocada, que tan solo existiría en alguna isla coralina australiana de reciente creación (Marx, Karl; Engels, Friedrich, 2015)–, asumía a su vez la consistencia propia de los fenómenos naturales –lo que incluía el modo en que la naturaleza se manifiesta en la materialidad del trabajo y la técnica–, la imposibilidad de reducir estos a su interacción con la especie humana.

Pese a ese rescate parcial de la obra de Marx, Schmidt no dejaba de situarse en la estela de la crítica formulada por la Escuela de Frankfurt a la *Dialéctica de la Ilustración*, por convocar el título del libro escrito en la posguerra por Max Horkheimer y Theodor W. Adorno. Ambos rechazaban la relación de dominio técnico que la modernidad había ejercido sobre la naturaleza, de la que el decurso del socialismo real era una versión histórica particularmente cruel (Horkheimer, Max y Adorno, Theodor W., 2018). La crítica de esta razón instrumental sedimentada en la técnica debe pensarse en relación con la experiencia posconcentracionaria. El después de Auschwitz. La promesa liberadora de la técnica se había convertido en instrumento de un genocidio sistemático. La cámara de gas aparecía como la expresión ideológica de la conjunción entre el nazismo y una megamáquina administrativa fuera de control, que fomentaba esa banalidad del mal sobre la que escribieron Hannah Arendt y Günther Anders. La carrera armamentística de la Guerra fría y la amenaza del holocausto nuclear permitirían profundizar esa deconstrucción de la técnica como dispositivo soberano de dar muerte. Otorgando un sentido impensado a la advertencia de Marx y Engels, las fuerzas productivas se tornaban fuerzas destructivas. Estas consideraciones sobre el papel jugado por la técnica en la imaginación política moderna permanece ignorada por quienes hoy abogan por soluciones de corte ingenieril –espejos refractantes, aerosoles atmosféricos, dispositivos de captura de carbono o producción de nubes– a la crisis climática. En verdad, el desarrollo científico y tecnológico moderno parece mantener una relación inversa con la capacidad de la humanidad para ejercer un cierto control sobre su destino común. Al máximo dominio le corresponde la máxima amenaza. Puede que las investigaciones en biología sintética sobrevivan



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

a la extinción climática de la especie como documentos delirantes de la ciencia aplicada y la división del trabajo intelectual.

Con todo, la lectura de Schmidt –y, en general, la crítica de la técnica por la Escuela de Frankfurt– ha sido cuestionada recientemente por el ecomarxismo. Bellamy Foster y Burkett han subrayado el carácter abstracto de la noción de técnica en la descripción de la razón instrumental propuesta por la teoría crítica frankfurtiana. Ambos autores consideran que Schmidt manejaba de un modo esencialmente teórico el concepto de "metabolismo social" contenido en la obra de Marx. Ese uso no se percataba del anclaje termodinámico de varias de las categorías más relevantes de *El Capital*. Los autores de la *Monthly Review* abandonan deliberadamente las alusiones de Schmidt a la "humanización de la naturaleza" para resaltar la pulsión naturalista de Marx y Engels. Su recuperación de la dialéctica de la naturaleza trata de rescatar la obra de este último de las garras del *Diamat*. Esta operación –un desplazamiento un tanto sesgado– se ha realizado mediante el recurso a las aportaciones de la biología dialéctica y el neodarwinismo: en particular, a la obra de Richard Levins, Richard Lewontin y Stephen Jay Gould.

En un pasaje de su ensayo *El papel del trabajo en la transición del mono al hombre* (1876), compilado en la obra *Dialéctica de la naturaleza*, Engels sostenía un curioso argumento para explicar la tendencia al idealismo en la historia de nuestra especie. En la medida en que la liberación de la mano había facilitado el desarrollo del cerebro humano, los pensamientos, el lenguaje y la producción simbólica ocuparon un lugar central en la relación que mantenemos con el mundo. La esfera de la producción material y de las necesidades –la mediación que establecen las sociedades humanas con la naturaleza a través del trabajo– quedaba en un olvidado segundo plano. Engels encontraba así en una disciplina científica materialista –la historia natural– la explicación de la pujanza de una tradición filosófica idealista. Como intuyera Gould, Engels se inspiraba en Ernst Haeckel, padre de la ecología y principal divulgador de la obra de Darwin en el continente. Haeckel había publicado tan solo dos años antes un libro titulado *Anthropogenie* (1874) en el que defendía que eran la liberación de la mano –y no el desarrollo previo del cerebro– y la consecuente adopción de la posición erguida por el *Homo erectus* los acontecimientos que habían permitido desplegar las competencias evolutivas de la mente humana (Jay Gould, Stephen 1983: 149). Sin embargo, Gould no destacaba un aspecto en el que Engels disentía del zoólogo alemán. Haeckel era fiel a Darwin al considerar que la evolución



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

humana había respondido al carácter contingente de los procesos de selección natural. Engels no compartía este punto de vista, en *Dialéctica de la naturaleza* afirmaba de manera aberrante que la materia cósmica se hallaba determinada a avanzar en dirección a la vida inteligente debidamente acaparada por la especie humana y la cultura occidental, desde luego ^{3/}. Al margen de que este especismo teleológico y eurocéntrico es difícilmente conciliable con la existencia de Ana Rosa Quintana, contradecía además las hipótesis darwinianas respecto al carácter situado, en buena medida aleatorias y sin dirección predefinida, de los procesos de selección natural ^{4/}.

La dialéctica invocada por Levins, Lewontin y Gould tiene un carácter diferente. En el caso de los dos primeros, se trata de una impugnación de los restos positivistas del concepto darwiniano de la evolución. Para Levins y Lewontin, la selección natural no responde únicamente a los modos de adaptación de los individuos y grupos de una determinada especie al medio natural, sino que también entraña un componente activo por el cual esos grupos e individuos modifican el propio medio. En ese aspecto, Engels habría acertado de pleno (Levins Richard; Lewontin, Richard, 1985). En relación a Gould, la simpatía dialéctica se relaciona más bien con la crítica que el paleontólogo norteamericano realizara al gradualismo predominante en la apreciación científica de los cambios evolutivos. Atendiendo al registro fósil, Gould formuló su teoría del "equilibrio puntuado", según la cual la historia natural presenta una serie de saltos que darían cuenta de situaciones medioambientales críticas -como los cambios climáticos- y procesos de readaptación ecosistémica más acelerados de lo que se podría haber estimado en un principio. Gould se situaba así en las antípodas del determinismo sociobiologista de autores como Edward O. Wilson, planteando una interpretación de la historia natural que, con sorna, Robert Sapolsky ha calificado como una versión de Marx y Engels, "pero hablando de trilobites y caracoles" (Sapolsky, Robert, 2018: 551).

^{3/} (...) los cuadros de un Rafael, las estatuas de un Thorwaldsen, la música de un Paganini, F. Engels, Op. cit, p. 139.

^{4/} Ibid., pp. 138-148. He analizado con más detenimiento la relación entre marxismo heterodoxo y darwinismo en: J. Vindel, (*Apenas*) un recuerdo de sol: acerca de la relación entre materialismo, cultura y ecología, en: J. Vindel, *Visualidades críticas y ecologías culturales*, Madrid, Brumaria, 2018, pp. 321-354.

Esta alusión a la historia natural posee un componente teórico no exento de repercusiones políticas en la lectura de la crisis ecosocial que realizan los autores ecomarxistas. Foster y Burkett parecen particularmente interesados en habilitar una vía propia que se aleje



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

del determinismo energético de ciertos diagnósticos procedentes de la ecología económica –en la medida en que esos análisis no incorporan dimensiones relativas a otro tipo de variables culturales, políticas o geopolíticas que pueden alterar el curso de la crisis ecosocial–; del carácter abstracto de la crítica de la técnica en la Escuela de Frankfurt –en la línea de lo ya comentado–; de las versiones colapsistas del marxismo –que abandonan el barco de la posibilidad de una transición ecosocial planificada para abogar por la construcción de barcasas que hagan frente a los colapsos ecosociales, así, en plural, del porvenir⁵/– y del delirio neoprometeico de las apuestas del aceleracionismo –una suerte de negacionismo de izquierdas que se resiste a incorporar en su vanguardismo cultural y tecnolátrico la consideración de los límites biofísicos del planeta (Armen Avanessian y Mauro Reis, 2017)–. Foster y Burkett formulan los fundamentos teóricos de una consideración del trabajo y la técnica humana que pueda cumplir un papel decisivo en la atenuación y adaptación a la crisis ecológica, sin por ello revalidar las visiones productivistas y teleológicas del socialismo real ni renunciar al papel decisivo de la política de clase. Su ecosocialismo no deja, en ese sentido, de explorar una posible cara B de la modernidad.

Al margen de estas consideraciones, la singularidad del ecomarxismo se explicita en su propia denominación. A diferencia de las primeras generaciones del ecosocialismo, el núcleo de la *Monthly Review* no considera que ese proyecto político tenga que partir de las insuficiencias ecológicas de la crítica de la economía política para fusionar las aportaciones irrenunciables del marxismo con las procedentes de la crítica ecológica. Muy al contrario, considera que la ecología es un elemento que se sitúa en el corazón de la crítica marxiana del valor-trabajo, y que esa teoría explora además ángulos frecuentemente desatendidos por la ecología política: en particular, la importancia de la producción y la distribución de mercancías en la producción capitalista. El ecomarxismo se detiene en la vertiente interna de la crisis ecosocial: esto es, la manera en la que la generación de plusvalía y los procesos de acumulación ampliada del capital se sostienen sobre dinámicas de sobreproducción de las que el consumo es ante todo una instancia de realización del valor y no la causa de la dinámica ecocida del capital –sería importante engarzar esta reflexión con su complemento en el ámbito subjetivo, siguiendo las aporta-

⁵ En la actualidad, la articulación más sólida de esta posición en el contexto español es la representada por Jorge Riechmann.

ciones sobre la teoría marxista de las necesidades de autores como André Gorz o Agnes Heller. Aun-



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

que no puedo desarrollarla aquí, la crítica ecomarxista del componente subjetivo del valor-trabajo podría formularse de la siguiente manera: a modos de producción alienantes le suelen corresponder modos de consumo igualmente alienantes- ^{6/}.

Al imaginar, en buena medida de forma heurística, un Marx ecológico, el ecomarxismo se posiciona contra quienes en el pasado trataron de expiar las culpas del socialismo realmente existente –donde la URSS y los países del Este aparecían como epítomes del productivismo y de la ineficiencia energética de los sistemas económicos modernos ^{7/}– mediante la articulación rojiverde de una alternativa socialista. En esa lectura, el marxismo debía liberarse de los posos –cuando no de los grumos altamente obstructivos– de su pulsión productivista, para abrazar los imaginarios conservacionistas del ambientalismo y las aportaciones de la ecología política. Chernobyl debía de ser demolida. Esa conciencia llevó a que precursores del ecosocialismo como James O' Connor –fundador de la revista *Capitalism, Nature, Socialism*– apostaran por diversificar sus fuentes de inspiración más allá de la tradición marxista. Entre ellas destacaban las apelaciones a las ideas expuestas por Karl Polanyi en *La gran transformación* –1844–, quien había sub-

^{6/} Gorz y Heller partían de la distinción entre necesidades absolutas, artificiales y auténticas. En un libro reciente sobre el consumismo y la transición ecosocial, Razmig Keucheyan ha combinado la recuperación de la vertiente subjetiva explorada por esos autores con aspectos relativos al marco jurídico y la configuración material de lo que serían bienes "emancipados". Para Keucheyan, la extensión de la garantía de los productos, la fijación de los precios de acuerdo al valor de uso y el diseño de los objetos son aspectos vitales para acabar con la autofagia consumista. Por otra parte, comparto con este autor que, en el contexto de crisis ecosocial, y sin negar la dimensión normativa a nivel legislativo, no se trataría de negar las necesidades individuales, sino de redefinirlas democráticamente (de modo colectivo) a través de una red institucional compleja y eficiente que combata las tendencias que abogan por la constitución de un Estado mundial centralizado. Otro aspecto clave es no escindir los vínculos entre producción y consumo. En este ámbito, Keucheyan aboga por recomponer las antiguas asociaciones de produc-

tores-consumidores y por focalizar las luchas laborales y políticas en el sector logístico, que establece un puente entre ambos mundos. Ver: R. Keucheyan, *Les besoins artificiels. Comment sortir du consumérisme*, París, La Découverte, 2019. Las huelgas de Amazon deberían ser encaradas como el centro de la lucha ecosocial contemporánea, no como un viejo residuo del sindicalismo obrero.

^{7/} Daniel Tanuro aporta el siguiente dato para caracterizar al "productivismo burocrático" del lado socialista del Telón de acero: "(...) justo antes de la caída del muro, Checoslovaquia emitía 20,7 toneladas de CO₂ por habitante y año; la RDA, 22 toneladas. A título de comparación, EE.UU., Canadá y Australia –los mayores productores de CO₂ del mundo capitalista desarrollado– emitían en esa época 18,9, 16,2 y 15 toneladas por persona y año, respectivamente... para un PNB por habitante ampliamente superior". D. Tanuro, *El imposible capitalismo verde. Del vuelco climático capitalista a la alternativa ecosocialista*, Madrid: La Oveja Roja/*viento sur*, 2011, pp. 176-177.



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

rayado la ficción jurídica que se esconde tras la consideración de la tierra, el dinero y el trabajo como mercancías, cuando en realidad no son producidas en fábricas con la intención de ser puestas a la venta (Polanyi, Karl, 2011). La mercantilización capitalista del conjunto de lo existente reforzaba la renovación crítica del marxismo formulada por O'Connor, según la cual la sucesión de crisis capitalistas no solo se basa en la autonomía de los ciclos del valor (con la tendencia a la sobreproducción y la tasa decreciente de ganancia), sino que esa dinámica pone en tensión constante el sostenimiento material de sus "condiciones de producción". A la contradicción clásica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, se debía sumar una segunda contradicción: la existente entre esa dialéctica económica y su sustrato ecológico y social. La sobreproducción por arriba de los procesos de acumulación se ve laminada por abajo por la infraproducción derivada del agotamiento de los recursos naturales y la extenuación de la fuerza de trabajo (O'Connor, James).

Foster y Burkett sugieren que ese recurso a Polanyi es innecesario, pues consideran que tal crítica se hallaba ya desarrollada en Marx. La inclinación polanyiana de O'Connor representaría un efecto colateral de interpretaciones como la de Schmidt ^{8/}. En todo caso, la reivindicación de un Marx ecologista no es una novedad histórica absoluta. De hecho, la tesis de la "fractura metabólica" (*metabolic rift*), popularizada por Foster en su libro *La ecología de Marx. Materialismo y naturaleza* (2000), ya había sido avanzada en nuestro contexto por Manuel Sacristán. En una serie de conferencias, el filósofo español destacó que el capítulo XIII del libro I de *El Capital* establecía un paralelismo entre las presiones padecidas por la fuerza de trabajo y la tierra como consecuencia del despliegue histórico de la ley del valor (Sacristán, Manuel, 2005). La conversión formal del trabajo y la tierra en mercancías tenía como efectos la tendencia decreciente de la fertilidad de los suelos y los síntomas de la fatiga

8/ Puede consultarse una evaluación por Foster de la obra de Schmidt en: <https://monthlyreview.org/2016/06/01/marxs-ecology-and-the-left/>. Aunque comparto con Foster y Burkett que la aproximación de Schmidt al concepto de naturaleza en la obra de Marx es más teórica que termodinámica, también es cierto que el filósofo de la Escuela de Frankfurt propuso algunas ideas que anticipaban la tematización de la "fractura metabólica" por los autores de la *Monthly Review*. En concreto –y contra lo que

enunciara Margaret Thatcher–, Schmidt destacaba el acierto de Marx al considerar el modo de producción capitalista como el primero que había generado propiamente una sociedad, en la medida en que el funcionamiento socio-metabólico de esta parece autonomizarse artificialmente de los intercambios con la naturaleza. Por otra parte, contra las advertencias de diversos autores, Foster y Burkett no aportan nada sobre las propias connotaciones productivistas del concepto de metabolismo.





IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

en el cuerpo de los trabajadores. Interesado por la ecología humana, Sacristán sugería con agudeza la necesidad de reorientar en un sentido ecologista las luchas obreras. Marx habría deslizado la posibilidad de enlazar las reclamaciones por la reducción de la jornada laboral, descritas en el volumen I de *El Capital*, con la sostenibilidad de las actividades agroindustriales. Los ciclos de reproducción de la fuerza de trabajo y de la fertilidad de la tierra solo podían ser regulados de modo racional por la libre asociación de los productores.

Foster profundiza y sistematiza en su trabajo estas inquietudes intelectuales, cuya traducción política en el contexto de la crisis ecosocial aún se encuentra en un estadio tentativo. En concreto, el marxista norteamericano ha dotado de contenido a dos conceptos que acreditan el perfil naturalista de la obra del último Marx: "metabolismo social" y "fractura metabólica". El metabolismo social describe la dinámica de las transformaciones energéticas que atraviesan la producción social de riqueza, destacando su dependencia en última instancia respecto a la naturaleza. La fractura metabólica, por su parte, alude a cómo las relaciones de producción capitalistas abren un abismo entre dicha producción social –desde la actividad agrícola a la industrial, pasando por los circuitos de distribución y consumo de mercancías– y su sostenibilidad en términos ecosistémicos.

El recurso en la obra de Marx a conceptos procedentes de las ciencias naturales evidencia que la formación intelectual de los fundadores del materialismo histórico se nutrió de un número mayor de fuentes de las identificadas habitualmente. A la filosofía idealista alemana –en particular, los escritos de Hegel–, el socialismo utópico francés –que, lejos de ser superado por el socialismo científico, dejó su huella en la imaginación política de Marx y Engels– y la economía política británica –de la que Marx retomaría la teoría del valor-trabajo con el objeto de teorizarla como una crítica de la explotación–, habría que sumar tanto la influencia del materialismo clásico como del materialismo científico del siglo XIX. La concepción energética del cosmos estaba ya anunciada en el atomismo de Demócrito y Epicuro, que ocuparon a Marx durante su investigación doctoral (Marx, Karl, 2012). En relación al materialismo científico, aunque el filósofo de Tréveris rechazaba la fiscalización de las relaciones sociales practicada por personajes como Ludwig Büchner, algunos de los conceptos fundamentales de su crítica de la economía política fueron rescatados de las ciencias naturales^{9/}. Así, la noción de "fuerza

^{9/} Büchner establecía un correlato lógico entre la energía como fuerza que atravesaba el conjunto del universo y la república como forma democrática de gobierno, o presuponía

conceptos fundamentales de su crítica de la economía política fueron rescatados de las ciencias naturales^{9/}. Así, la noción de "fuerza



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

de trabajo" (Arbeitskraft) había sido acuñada y difundida por Hermann von Helmholtz en su conferencia *Über Die Erhaltung der Kraft* (Sobre la conservación de la energía, 1847), centrada en la primera ley de la termodinámica, relativa a la conversión de la energía. Esta conferencia sentaría las bases para la extensión de una cosmovisión utópica de las sociedades modernas basada en las síntesis entre las máquinas y el trabajo humano. Marx se haría eco del concepto por primera vez en los *Gründrisse*, redactados diez años después de la charla de Helmholtz. Por su parte, la "composición orgánica" del capital, esto es, la relación entre la inversión en capital fijo –medios de producción– y en capital variable –fuerza de trabajo– en una determinada fase o en un contexto específico de la producción capitalista, remitía a los estudios en química agrícola de Justus von Liebig, otro de los científicos más importantes de la época.

Ecomarxismo y marxismo político

Por lo demás, Marx y Engels eran conscientes, gracias a su conocimiento de las investigaciones en geografía física de Karl Nikolaus Fraas –pioneras en la atribución de un origen antropocénico al cambio climático– de que la brecha en el metabolismo socioambiental era anterior a la extensión del modo de producción capitalista. Habían detectado signos del vínculo entre civilización e *hybris* (desmesura) que caracterizaría la historia humana desde, al menos, el período neolítico. La invención de la agricultura y la aparición de las sociedades excedentarias implementaron una reorganización de la división social del trabajo y de los usos del suelo que infligían un daño ecosistémico estructural. Sin embargo, eso no les hacía perder de vista la novedad radical que el capitalismo entrañaba en relación con esa dinámica histórica. En contraposición a la celebración del desarrollo de las fuerzas productivas derivado de la alianza entre el capitalismo y la burguesía, que había tamizado las páginas del *Manifiesto comunista* (1848), el Marx de *El Capital* (1867) y el Engels de *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*, entreveían la con-

tracara de ese proceso histórico, el modo en que amenazaba los equilibrios socioambientales.

El hecho de que Marx y Engels no extrajeran las consecuencias últimas de esos hallazgos científicos pudo deberse, entre otros motivos, a la prudencia política que mani-

que el cambio en la dieta de una persona podía variar sus ideas políticas. Sobre la relación entre materialismo histórico y materialismo científico, ver: A. Rabinbach, *The Human Motor. Energy, fatigue and the origins of modernity*, Berkeley/ Los Angeles, University of California Press, 1990 y A. Wendling, *Karl Marx on technology and alienation*, Hampshire, Palgrave MacMillan, 2009.



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

festaron ante la posibilidad de que esos estudios pudieran alimentar las hipótesis malthusianas sobre el colapso civilizacional. Este aspecto ha retornado en los debates actuales sobre la crisis de civilización. Una parte del ecologismo contemporáneo insiste en subrayar que el crecimiento de la población mundial es incompatible con la sostenibilidad medioambiental. Esta afirmación es verdadera. Lo que es más discutible son las inferencias políticas que se hacen a partir de ella. Así, por ejemplo, se ha extendido una comprensión del Antropoceno ^{10/} según la cual no cabría distinguir entre víctimas y verdugos de la crisis climática. Todos seríamos (ir)responsables de las inercias de la petromodernidad, en la medida en que nos habríamos beneficiado de ella gracias a los aumentos generalizados de los niveles de consumo y bienestar. Esto ha llevado a que filósofos vinculados al pensamiento post-colonial, como Dipesh Chakrabarty, aboguen por recomponer la subjetividad histórica al margen de los antagonismos clásicos (Chakrabarty, Dipesh, 2009: 197-222). La humanidad en su conjunto –y no una fracción de ella– estaría llamada a protagonizar una empresa humilde y común de reparación de los daños medioambientales que ha ocasionado. Tampoco parece casual que Paul Crutzen, el científico que acuñó el concepto de Antropoceno en el umbral del nuevo siglo, sea uno de los partidarios de encontrar soluciones de tipo geoingenieril al calentamiento global, que tienden a dejar intacta la dimensión social de la crisis ecológica.

Esto explica que la crítica ecosocialista se haya mostrado mucho más proclive a emplear el concepto de *Capitaloceno*. Por varios motivos. En primer lugar, porque sin necesidad de negar la *hybris* de cualquier civilización, con frecuencia el concepto de Antropoceno queda asociado a un *telos* histórico inevitable. Los ambientes conservadores alimentan una interpretación resignada de la crisis ecosocial, según la cual la historia humana habría estado condicionada desde el principio por el despliegue de una esencia maldita. El hallazgo de la fuerza energética de los combustibles fósiles solo

habría multiplicado hasta el espasmo la tendencia antropológica a la extralimitación biofísica del metabolismo socioambiental. Esto pasa por alto la singularidad del modo de producción capitalista. En un gesto sin precedentes, la humanidad traspasó su destino a la

^{10/} El concepto de Antropoceno alude al período geológico que, al menos desde la II Guerra Mundial, con la denominada *gran aceleración*, habría reemplazado al Holoceno. El Antropoceno se caracteriza por el modo en que la acción humana ha adquirido el rango de una fuerza biogeoquímica de superficie, que altera la biosfera con consecuencias desastrosas para la sostenibilidad ecosistémica y amenazando la propia supervivencia de la especie.



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

reproducción autónoma y ampliada de la esfera económica. Tal y como ha señalado la crítica del valor desde Robert Kurz hasta Anselm Jappe (Kurz, Robert, Jappe, Anselm, 2016), lo que mueve el capitalismo no es la voluntad humana, sino el sujeto automático –el capital– descrito por Marx en torno a la crítica del fetichismo de la mercancía y la consecuente abstracción de las relaciones sociales. Hablar de Antropoceno es una forma, como otra cualquiera, de negar la historicidad concreta de ese delirio cósmico de la especie ^{11/}.

La segunda rectificación practicada por el ecosocialismo se deriva, al menos en parte, de la anterior. En la medida en que asume la conciencia del límite relativo al desarrollo de las fuerzas productivas, el ecosocialismo desplaza el énfasis desde estas hacia las relaciones de producción y la lucha de clases. Frente al economicismo y al determinismo tecnológico que afectan a diferentes vectores de la tradición marxista, la filosofía política del ecosocialismo se sintetiza en una revisión en clave ecológica del *marxismo político*. Probablemente, la elaboración más afinada de esta posición es la propuesta por Andreas Malm en *Fossil capital* (2016), una de las obras más innovadoras de la teoría materialista en lo que va de siglo. La investigación de Malm ha tratado de demostrar no solo que el *Business As Usual* de la historia del *capitalismo fósil* ha repartido de manera crecientemente desigual sus beneficios, sino que, en origen, las formas de vida subalternas asumieron de manera conflictiva ese dispositivo de poder (Malm, Andreas, 2016). Malm, cuyos trabajos se sitúan en el ámbito de la historia ecológica, destaca la ambivalencia que el concepto de poder –power– posee en inglés. Este remite tanto a la fuerza que permite activar los procesos de transformación energética como a la dominación política. Como es sabido, la historia de la Revolución industrial se encuentra ligada a la máquina de vapor. En realidad, sus fundamentos tecnocientíficos eran conocidos desde épocas anteriores ^{12/}. Solo la desposesión de las comunidades de vida tradicionales, derivada de los

cercamientos de los terrenos comunales y de la concentración urbana de crecientes masas de trabajadores fabriles, hizo posible el encuentro entre la nueva división social del trabajo y la aplicación de la energía fósil a la industria textil. Ambos factores habrían actuado como condiciones de parti-

^{11/} Una crítica de las narrativas del Antropoceno puede hallarse en: A. Malm y A. Hornborg, *A Geology of Mankind? A Critique of the Anthropocene narrative*, en: F. Oldfield, *The Anthropocene Review*, Londres, SAGE, 2014, pp. 62-70.

^{12/} Así lo recordaba, por ejemplo, Kropotkin en su relectura cooperativista de la biología evolutiva de Darwin, ver: P. Kropotkin, *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*, Logroño, Pepitas de Calabaza, 2016, p. 349.



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

da para establecer los ritmos de crecimiento exponencial requeridos por la economía capitalista.

La implantación de la máquina de vapor como matriz productiva *-prime mover-* tuvo antes una razón social que técnica. En realidad, la máquina de vapor alimentada por los combustibles fósiles no era más eficiente o barata que la energía producida por los molinos de agua basados en la corriente de los ríos. Tomando partido por el *marxismo político* de Robert Brenner y Ellen Meiksins Wood, Malm subraya que fueron las modificaciones en las relaciones de producción las que antecedieron la consolidación del capitalismo fosilista y el desarrollo técnico de los diversos modelos de la máquina de vapor *-steam engine-*. Ya desde el siglo XVI la privatización de los terrenos comunales había establecido un modelo de apropiación de los yacimientos fósiles que favorecería más tarde su explotación sistemática por parte del capitalismo industrial. Sin embargo, los elementos decisivos de la generalización del uso del carbón y la máquina de vapor han de hallarse en otro lugar. El modelo de los molinos de agua, aplicado a la industria textil, implicaba una serie de *hándicaps*. En primer lugar, la dispersión de las estructuras productivas en el territorio, pues las instalaciones debían ubicarse allí donde los flujos de la corriente fueran propicios. Este carácter centrífugo del modelo hidráulico contrastaba con el uso del carbón, que permitía una concentración centrípeta de los recursos minerales en el espacio de las ciudades. La paradoja reside así en que la inmovilidad y la escala geológica de las formaciones fósiles son puestas por la modernidad industrial al servicio de una movilidad *-de los combustibles, las mercancías y los seres humanos-* que permite intensificar el rendimiento de los factores productivos y acelerar de manera inusitada el ritmo de la historia. Lo sólido del stock se desvanece, literalmente, en el aire. En segundo lugar, el modelo hidráulico implicaba que el empresario tuviera que hacerse cargo de satisfacer las necesidades básicas *-infraestructuras, servicios, alimentación, etc.-* de los trabajadores que habitaban esas localizaciones, a menudo alejadas de cualquier núcleo poblacional. Por otra parte, esa concentración de la fuerza de trabajo favorecía los motines y empoderaba de manera automática a los asalariados, en la medida en que el poseedor de los medios de producción no disponía de un ejército de reserva como el que se generaba en torno a las grandes urbes.

Estas presiones sobre la sostenibilidad del modelo hidráulico se exacerbaban en el momento en que la reivindicación cartista por la jornada laboral de 10 horas *-Ten Hours Act*, que ponía coto a la explotación del



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

trabajo infantil y de las mujeres- y la ampliación de los derechos políticos -en particular, el sufragio universal masculino- se extendió a lo largo de las regiones industriales británicas. Su reconocimiento legal por parte del parlamento implicó una apuesta de la clase capitalista por la articulación entre el recurso a los combustibles fósiles y la invención tecnológica. La restricción horaria era incompatible con la variabilidad de las corrientes de los ríos, que exigían que los tiempos productivos se extendieran en función de la intermitencia del flujo. En la medida en que la jornada laboral restringía la posibilidad de incrementar la explotación a través de la plusvalía absoluta, el carbón y la máquina de vapor fueron la respuesta a la necesidad de intensificar la extracción de la plusvalía por cada unidad temporal de la producción social -plusvalía relativa-. El desarrollo técnico, por su parte, trataría de contrarrestar el creciente poder obrero, que en los centros industriales comenzó a combinar la metodología del motín con la de la huelga general -la primera de ellas se produjo durante el transcurso de las *Plug Plot Riots* de 1842 y fue protagonizada por los mineros del carbón y los trabajadores de las fábricas¹³-, el sabotaje de las calderas y la maquinaria industrial con la inundación de los pozos de carbón. Malm señala así el modo en que la victoria histórica del primer movimiento obrero impulsó una articulación entre la economía política, la abstracción del trabajo de acuerdo a unidades métricas de tiempo -un antecedente del gerencialismo productivo diseñado más tarde por el *taylorismo* y el *fordismo*- y una transferencia fetichista de la capacidad productiva desde la fuerza de trabajo a la maquinaria -que reforzaba el poder de la patronal sobre el *intelecto general* de la clase trabajadora-. El final de la esclavitud formal coincidiría así con su silenciosa extensión mediante el dispositivo del trabajo libre, basado en la disponibilidad servil por parte del empresario de la corporalidad humana, los combustibles fósiles -menos reacios al trabajo que el agua- y la tecnología¹⁴.

Para Malm, somos herederos del quiebre civilizacional impuestos por el capitalismo y el imperialismo fósiles. El cambio climático hunde allí sus raíces históricas. No se trata de evidenciar cómo el clima afecta a la historia, sino de cómo la dialéctica histórica configura el clima. El cielo es algo más que un campo de estudio meteorológico: la atmósfera que respiramos es

¹³/ La sucesión de huelgas, incentivada por el cartismo, se inició en Staffordshire para extenderse posteriormente a Lancashire, Yorkshire y las minas de carbón galesas.

¹⁴/ A propósito de la constitución fetichista de la maquinaria en el capitalismo industrial y sus repercusiones sobre las desigualdades globales y los ecosistemas, ver: A. Hornborg, *The Power of the Machine, Global Inequalities of Economy, Technology and Environment*, Walnut Creek: Altamira, 2001.



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

también un registro o balance de la lucha de clases. O, por decirlo de manera jocosa con McKenzie Wark, la constatación de la victoria del Frente de Liberación del Carbono –*Carbon Liberation Front*–, el único grupúsculo radical que ha obtenido un éxito sin paliativos en la historia de la modernidad (MacKenzie Wark, MacKenzie, 2015). Esta interpretación de la modernidad industrial podría describirse como una crítica climática del capitalismo fósil, que nos señala la necesidad de revertir la dinámica implantada por ese acontecimiento histórico: hemos de retornar del stock al flujo. La mirada de Malm persigue complementar el giro geográfico del marxismo propuesto por autores como David Harvey con la redefinición de la dimensión que le ha sido más propia: la histórica. Sin embargo, al contrario de buena parte del marxismo occidental del siglo XX, esa reinvención del materialismo histórico no podrá ignorar nunca más las aportaciones de las ciencias naturales (biología, ecología, dinámica de sistemas, climatología, etc.). Sus fundadores en el siglo XIX no lo hicieron. Y a su vez, ha de integrar en sus modelos temporales la crítica del progreso. La magnitud de la crisis ecosocial otorga al freno de emergencia evocado por Walter Benjamin un contenido que su mesianismo judeo-marxista apenas pudo presagiar ^{15/}. De su activación depende que el tiempo geológico no se nos eche literalmente encima bajo la forma de un tsunami climático. En la oscuridad de los vagones de cola, debemos accionarlo antes de que la inercia de la locomotora nos proyecte sobre el vacío. Quizás estemos a tiempo de concebir la política climática (la política a secas, diría) como algo más que un colchón que amortigüe el golpe en la caída.

Conclusión

En cualquier caso, en estas aportaciones quedan pendientes dos aspectos ineludibles para la ecología política contemporánea. Por una parte, la cuestión del sujeto. Por otra, la cuestión de los tiempos. En relación a la primera de ellas, es necesario articular una posición crítica tanto

con el realismo cortoplacista de quienes ven en el cosmopolitismo verde del *Green New Deal* una superación ecológica del internacionalismo proletario ^{16/}, como con soluciones de corte mesiánico que, al modo de Sacristán o Malm, convocan una reacción milagrosa

^{15/} Sobre Benjamin y la crítica del progreso, pueden consultarse las reflexiones ecosocialistas de Michael Löwy: "Dos marxistas disidentes contra la ideología del progreso", en: <https://vientosur.info/spip.php?article15134>.

^{16/} Esta es la posición defendida por Emilio Santiago Muñío y Héctor Tejero en su libro *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal* (Madrid: Capitán Swing,



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

a la escalada de la crisis ecosocial que no se detiene a valorar cómo puede ser propiciada de acuerdo a la composición sociológica y subjetiva específica de las sociedades contemporáneas. Esto es lo que Wark describe como "el reto de construir la perspectiva del trabajo sobre las tareas históricas de nuestra época" (Wark, MacKenzie, 2015, p. xx). Al fin y al cabo, es la política de clase la que puede atacar la producción socioambiental de la plusvalía, basada en la subsunción del trabajo vivo. La teoría ecosocialista, en la medida en que aspira a refundar el materialismo histórico, aguarda aún su traducción política en una filosofía de la praxis más consistente.

En relación con la discusión sobre los tiempos, recientemente se ha suscitado un debate al interior del marxismo ecológico entre los partidarios del ecosocialismo y quienes se sitúan en la órbita del marxismo colapsista ¹⁷/ . Los segundos acusan a los primeros de no incorporar en sus valoraciones la crudeza de los informes científicos más recientes respecto a la evolución de la multiplicidad de factores que configuran la crisis ecológica: cambio climático, descalabro de la biodiversidad, alteración en los usos de los suelos, acidificación de los océanos, ciclos del nitrógeno y el fósforo, reservas de agua dulce, declive energético, etc. El marxismo ecosocialista estaría alimentando las promesas de un socialismo verde que sigue anclado en el paradigma de la sostenibilidad, y que no acepta que el único horizonte posible es el de aminorar los daños de un colapso ecosocial ya irreversible y hasta inminente ¹⁸/ . Bajo esta óptica, el ecosocialismo sería una destilación marxista de las falsas esperanzas que, en clave reformista, presentan programas como el *green washing* del capitalismo verde o las políticas neokeynesianas del *Green New Deal*.

La posición colapsista presenta un punto fuerte y una serie de ángulos ciegos. El punto fuerte reside en la necesidad de desactivar la psicopato-

2019). Con todo, el manifiesto no es ingenuo respecto a las contradicciones y los límites que esa construcción subjetiva puede implicar en un contexto de acentuación de la crisis ecológica. Ambos autores proponen soluciones que no se adecuan a los imaginarios clasemedianistas de la transición ecológica, como la apuesta por un sindicalismo verde que conciba en términos ecológicos la reducción de la jornada laboral. Paradójicamente, el libro podría ser leído como una corrección materialista del programa del populismo de izquierdas.

¹⁷/ El debate ha tenido eco en el portal de la revista *Sin permiso*: <http://www.sinpermiso.info/textos/ecosocialismo-versus-marxismo-colapsista-i-y-ii>.

¹⁸/ En todo caso, hay que apuntar que autores ecosocialistas tan relevantes como Daniel Tanuro han planteado una crítica del productivismo que tiene en cuenta lo que representan esos límites biofísicos para la transición ecosocial. Tanuro defiende una recodificación no tautológica del concepto de producción, que pasa por cuestionar el dogma de producir por producir, ver: D. Tanuro, *Op. cit.*





IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

logía cotidiana en torno a la crisis sistémica, que oscila entre el optimismo y el pesimismo con que se encajan los diagnósticos ecológicos. Poner el acento en esa disposición subjetiva es similar a suponer que elegir una corbata de tonos alegres en un día de lluvia tendrá alguna incidencia sobre las precipitaciones. Lo que requerimos es más bien una síntesis política de realismo e imaginación, de prudencia y determinación, de humildad y camaradería. Organizar el pesimismo, que diría Benjamin.

Los ángulos ciegos se relacionan con, al menos, tres elementos. El primero de ellos es el relativo a las fechas. Como ha señalado Emilio Santiago Muíño, la insistencia en fijar plazos concretos para el desencadenamiento de fenómenos como la abrupta contracción energética derivada del pico de los combustibles fósiles se ha demostrado como una estrategia comunicativa errada, en la medida en que expone al activismo ecologista a ser socialmente desacreditado cuando no se cumplen sus proyecciones (Santiago Muíño, Emilio, 2019). El segundo aspecto se relaciona íntimamente con el anterior. Aunque el sustrato natural de los procesos económicos presenta un límite absoluto que no puede ser obviado, resulta aventurado presuponer que la mediación social, cultural y (geo) política de la dinámica extractivista no puede alterar los márgenes que manejamos respecto a la evolución de la crisis ecológica. Pese a que el recurso al fracking de la administración Trump tenga un recorrido probablemente corto, su repercusión sobre el precio del petróleo a nivel global ha mostrado que la temporalidad del colapso civilizacional está expuesta a cambios de ritmo que pueden acelerar o demorar sus efectos. Redundando en un lugar común de los imaginarios comunistas, el colapsismo tiende a minusvalorar la capacidad de reinención del capitalismo. Aun siendo cierto que ya no solo se trata de una contradicción interna a la dinámica de los ciclos económicos, la existencia de un límite externo ecológico a la producción y acumulación de capital no nos dice nada sobre la adaptabilidad del sistema a un contexto tendencialmente catastrófico. En mi opinión, el colapsismo evidencia con frecuencia una falta de imaginación histórica que se corresponde con su marginalidad e impotencia políticas.

Finalmente, las tesis colapsistas tienen algo de hipótesis autocumplidas, presentando resonancias de la imaginación escatológica marxiana. Me refiero al modo en que alimentan la presunción de una crisis total que abrirá un tiempo político radicalmente nuevo. Los deseos de hacer tabula rasa generan la ilusión según la cual el colapso permitirá reconstruir desde cero los cimientos de la civilización. Lamentablemente, se trata de una



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

visión muy poco materialista. En primer lugar, porque el colapso no será un acontecimiento fulgurante, sino una densa marea histórica cuyo influjo se extenderá gradualmente. Algo similar podría decirse sobre la temporalidad de las transformaciones infraestructurales y culturales requeridas por la transición ecológica. En segundo lugar, porque la historia nos enseña que, incluso (o especialmente) tras las insurrecciones más tumultuosas y las revoluciones triunfantes, el verdadero trabajo político consiste en reconstruir las sociedades desde las ruinas del pasado y aceptando que los conflictos sociopolíticos (y, cabría añadir, socioecológicos) nunca adoptan una resolución definitiva. Antes, durante y después del colapso ecosocial, la política emancipadora más audaz deberá ser consciente de su carácter tentativo y provisional.

Jaime Vindel Gamonal, doctor europeo en Historia del Arte y máster en Filosofía y Ciencias Sociales. Actualmente, es investigador del Programa Ramón y Cajal del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Es miembro de Ecologistas en Acción y colabora con el Área de Ecosocialismo de Anticapitalistas.

REFERENCIAS

- Avanessian, Armen; Reis, Mauro (eds.) (2017), *Aceleracionismo. Estrategias para una transición hacia el postcapitalismo*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Bellamy Foster, John (2008) *La ecología de Marx: materialismo y naturaleza*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Chakrabarty, Dipesh (2009) "The Climate for History: Four Theses", *Critical Inquiry*, vol. 35, núm. 2, 2009.
- Engels, Friedrich (2017) *Dialéctica de la naturaleza*, Madrid: Akal.
- Horkheimer, Max; W. Adorno, Theodor (2018) *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid: Trotta.
- Hornborg, Alf (2001) *The Power of the Machine, Global Inequalities of Economy, Technology and Environment*, Walnut Creek: Altamira, 2001.
- Jappe, Anselm (2016) *Las aventuras de la mercancía*,



IMÁGENES DE LA DIALÉCTICA DE LA HISTORIA...

- Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Jay Gould, Stephen (1983) *Desde Darwin. Reflexiones sobre Historia Natural*. Barcelona: Hermann Blume, 1983.
- Keucheyan, Razmig (2019) *Les besoins artificiels. Comment sortir du consumérisme*. París: La Découverte.
- Kropotkin, Piotr (2016) *El apoyo mutuo. Un factor de evolución*. Logroño: Pepitas de Calabaza.
- Kurz, Robert (2016) *El colapso de la modernización*. Buenos Aires: Marat.
- Levins, Richard; Lewontin, Richard (1985) *The Dialectical Biologist*. Massachusetts/ Londres: Harvard University Press.
- Löwy, Michael: "Dos marxistas disidentes contra la ideología del progreso": <https://vientosur.info/spip.php?article15134>
- MacKenzie, Wark (2015) *Molecular Red. Theory for the Anthropocene*. Londres: Verso.
- Malm, Andreas (2016) *Fossil capital. The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming*. Londres: Verso, 2016.
- Malm, Andreas; Hornborg, Alf "A Geology of Mankind? A Critique of the Anthropocene narrative", *The Anthropocene Review*, Londres: SAGE, 2014.
- Marx, Karl; Engels, Friedrich (2015) *La ideología alemana*. Madrid: Akal.
- Marx, Karl (2012) *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- New Daggett, Cara (2019) *The Birth of Energy. Fossil Fuels, Thermodynamics and the Politics of Work*. Croydon: Duke University Press.
- O'Connor, James *The Second Contradiction of Capitalism*, en: http://www.columbia.edu/~lnp3/second_contradiction.htm.
- Polanyi, Karl (2011) *La gran transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rabinbach, Anson (1990) *The Human Motor. Energy, fatigue and the origins of modernity*. Berkeley/ Los Angeles: University of California Press.
- Sacristán, Manuel (2005) *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*. Barcelona: El Viejo Topo.
- Saito, Kohei (2018) *Karl Marx's ecosocialism. Capital, nature and the unfinished critique of political economy*. Nueva Delhi: Dev Publishers.



COMO SI HUBIERA UN MAÑANA

Santiago Muñio Emilio; Tejero, Héctor (2019) *¿Qué hacer en caso de incendio? Manifiesto por el Green New Deal*. Madrid: Capitán Swing.

Santiago Muñio, Emilio *Futuro pospuesto: notas sobre el problema de los plazos en la divulgación del Peak Oil*: <https://www.15-15-15.org/webzine/es/author/emiliosantiago/>

Sapolsky, Robert (2018) *Compórtate. La biología que hay detrás de nuestros mejores y peores comportamientos*. Madrid: Capitán Swing.

Schmidt, Alfred (2012) *El concepto de naturaleza en Marx*. Madrid: Siglo XXI.

Tanuro, Daniel (2011) *El imposible capitalismo verde. Del vuelco climático capitalista a la alternativa ecosocialista*. Madrid: La Oveja Roja/*viento sur*.

Terry, Eagleton (2011) *¿Por qué Marx tenía razón? ¿Y si todo lo que siempre se le ha recriminado fuera falso?* Barcelona: Península 2011.

Vindel, Jaime (2019), *Entropía, capital y malestar: una historia cultural, en: Comunismos por venir*. Barcelona: Arcadia.

Wendling, Amy E. (2009) *Karl Marx on technology and alienation*. Hampshire: Palgrave MacMillan.

Wallenborn, Grégoire; Gillis, Pierre (2007) "L'économie et la thermodynamique: analyse critique des thèses de Georgescu-Roegen", *Cahiers marxistes*, núm. 235, mayo-junio de 2007.

Vindel, Jaime (2018) "(Apenas) un recuerdo de sol: acerca de la relación entre materialismo, cultura y ecología", en *Visualidades críticas y ecologías culturales*. Madrid: Brumaria, 2018.